

Capítulo uno

**USTED ES EL
PRÓXIMO...
EN ROMPER EL CICLO
DE DEPENDENCIA**

La complacencia de hoy es el
cautiverio de mañana.

CUANDO NUESTROS HIJOS eran chicos, mi esposa y yo no podíamos esperar a llevarlos a Disneyland; no porque quisiéramos que quedaran absortos en el engaño publicitario de visitar un parque temático con personajes de las caricaturas y las películas, sino porque queríamos que experimentaran la alegría de visitar “el lugar más feliz sobre la Tierra”. Como crecí en Pensilvania, siempre quise ir, pero nuestra familia no podía darse ese lujo. Ya como padre, y gracias a que vivo en California, estaba encantado de poder llevar a mi familia a disfrutar una experiencia que no tuve de niño.

Entre muchos momentos memorables ese día, uno se destaca después de todo el tiempo que ha pasado. Si alguna vez ha visitado un parque temático, entonces sabe que gran parte de su día consiste en “apresurarse y esperar”. Todos se emocionan por estar allí y disfrutar los juegos mecánicos y las atracciones, pero una vez que uno entra al parque y se apresura para llegar a la primera parada de su lista, suele tener que esperar en la fila y esperar un poco más; algunas veces hay que esperar una hora o más por su turno para experimentar un recorrido que dura apenas unos tres minutos.

Tuvimos la misma experiencia, y tengo que decir que con niños pequeños la espera parecía más larga. Poco después del mediodía el hermoso día del sur de California se había vuelto caliente y pegajoso, y los niños estaban cansados y de mal humor. Todos queríamos entrar a la atracción de Indiana Jones, así que nos quedamos allí de pie junto con varios cientos de otros visitantes con el mismo entusiasmo. Mientras la línea avanzaba con dificultad, no podíamos esperar a dar la vuelta a la esquina que estaba frente a nosotros, para experimentar las emociones que nos esperaban detrás del foso cavernoso de la mina donde, suponíamos, podríamos ya subirnos a la atracción.

Pero cuando por fin llegamos a lo que parecía ser el fin de la fila, dimos vuelta a la esquina solo para ver otro laberinto de cadenas con más personas de las que jamás hubiéramos imaginado. ¡Ni siquiera estábamos a la mitad del camino! Nuestra hija se quejó: “¡Nunca vamos a llegar a la entrada del juego!”. Traté de consolarla mientras batallaba con imaginar de qué manera esta atracción podría valer la pena tanta espera a menos que Harrison Ford mismo se sentara a nuestro lado en el Templo de la Perdición.

—Papi, mira! —dijo mi hijo—. ¡Veo una entrada sin fila!

Mi mirada siguió su dedo que señalaba una entrada cercana.

—Campeón, el parque reserva esa entrada para las personas que están lesionadas o que tienen condiciones físicas que podrían hacer que fuera difícil para ellos esperar. Las personas con discapacidades o necesidades especiales utilizan esa entrada para entrar al juego.

—Bueno, pues entonces entremos por esa puerta porque yo tengo una necesidad especial. ¡Ya no puedo esperar más! —dijo.

Mi esposa y yo nos reímos, pero su reacción indicaba que lo había dicho en serio. Mientras una gota de sudor recorría mi espalda, tengo que admitir que me sentí tentado por la idea. Por un momento me pregunté qué pasaría si hiciera avanzar poco a poco a mi familia a la fila en la que podríamos simplemente entrar y subirnos al juego. Pero no lo hice.

—No estoy seguro de que tengas una necesidad especial como de la que hablamos —le dije—. Esa entrada ayuda a las personas que realmente lo necesitan.

—¿Cómo él? Mi hijo señaló a un joven en silla de ruedas en la fila detrás de nosotros. Con suavidad bajé la mano de mi hijo y sonreí en dirección del joven. El hombre sonrió y saludó a mi hijo desde lejos. Con sus gafas de sol, camiseta y pantalones cortos para surfear, el joven se veía como cualquier otro veinteañero en

el parque ese día, excepto que su pierna derecha terminaba en la rodilla, por lo que necesitaba utilizar la silla de ruedas.

—Bueno, sí —dije—. Creo que es probable que él pueda usar esa entrada.

Nuestra fila comenzó a avanzar más cerca.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —dijo mi hijo, sin querer cambiar el tema.

—Discúlpeme, pero no pude evitar escuchar su conversación.

Mortificado volteé para ver que el joven en la silla de ruedas estaba casi directamente detrás de nosotros en la siguiente fila.

—Lo siento —dije—. Es que...

—No hay problema —dijo el hombre y sonrió—. Lo entiendo. Está bien, de veras. Solo alcancé a escuchar a su hijo y quería responderle si me lo permite. Mi nombre es Jeff, por cierto.

Nos dimos la mano, me presenté y también le presenté al resto de los miembros de mi familia.

—No utilizo la entrada para discapacitados —dijo Jeff—, porque no me considero discapacitado. Es verdad que no tengo toda la pierna derecha, pero eso no evita que viva mi vida. Sigo yendo a trabajar, juego baloncesto con mis amigos y voy a donde yo quiero.

—¡Como a Disneyland! —dijo mi hijo.

—¡Exactamente! —dijo Jeff—. Uno solo está limitado por la manera en que ve sus circunstancias, no por las circunstancias mismas.

LA TENDENCIA HACIA LA DEPENDENCIA

Nuestro encuentro con Jeff produjo una fuerte impresión ese día, no solo en mi hijo, sino también en mí. Por un lado, allí estábamos mi hijo y yo, sintiéndonos tentados a tomar un atajo que no era para nosotros simplemente porque estábamos impacientes.

Sabíamos que no teníamos una discapacidad o una necesidad especial para hacer una fila más breve con una entrada especial, pero de todos modos, no queríamos esperar nuestro turno.

Nuestro nuevo amigo, Jeff, por el otro, brindaba un asombroso contraste. Se podría suponer que era un veterano militar que había perdido la mitad de su pierna y como consecuencia tenía que ajustar su vida con esta nueva limitación. Mientras que muchas personas podrían sentirse tentadas a tener lástima de sí mismas, sentirse con derecho a tomar atajos y recibir atención especial, este joven había tomado la dirección opuesta. Había cambiado su actitud a una en la que se rehusaba a verse como víctima de sus circunstancias o como alguien menos que la persona que Dios lo había creado. Nunca olvidaré su mensaje: “Uno solo está limitado por la manera en que ve sus circunstancias, no por las circunstancias mismas”.

Por favor, comprenda que no pienso que las personas que necesitan ayuda especial debido a condiciones limitantes sean víctimas o que sean más débiles que alguien como Jeff en alguna manera. Solo he señalado el contraste entre dos tentaciones distintas ese día, dos caras de la moneda de “conformarse con menos”. Mi hijo sentía que era injusto tener que esperar en el calor sofocante en una fila tan larga; por lo tanto, pensaba que debía poder pasar por la entrada para sillas de ruedas. Jeff, quien de manera obvia podría justificar tomar tal atajo debido a su discapacidad física, escogió no utilizar la fila especial por la manera que lo hacía sentir. Había experimentado una lesión brutal e injusta; no obstante, se rehusó a permitir que lo definiera o cambiara la fuerza de su carácter.

**“Uno solo está limitado por la manera
en que ve sus circunstancias, no por las
circunstancias mismas”.**

Encontramos que es fácil hacernos dependientes de lo que no podemos controlar en nuestra vida. Nos sentimos tentados a ver la vida como injusta y a sentirnos como víctimas de nuestras circunstancias. Y sentimos que es oportuno quedarnos donde estamos en lugar de dar un paso de fe. Pero si queremos romper con nuestro ciclo de dependencia y eliminar nuestras excusas, entonces tenemos que estar dispuestos a aceptar todo lo que Dios tiene para nosotros.

Nuestra tendencia a la dependencia no es nada nuevo. A lo largo de su ministerio público, Cristo se encontró con personas quienes con frecuencia se sentían atrapadas por sus circunstancias o limitadas por sus heridas. A menudo sanaba a personas que sufrían de padecimientos físicos, mentales y espirituales. Y con este amor, poder y gracia, Jesús hizo añicos sus excusas y encendió su iniciativa para vivir por fe no por vista. Su encuentro con un hombre que no podía caminar —y quien al parecer no reconoció a Jesús— fue breve y dramático, pero conlleva enormes implicaciones y aplicaciones para nuestra vida hoy. Démosle una mirada.

Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo.

Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?

Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo.

Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda.

Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día.

—JUAN 5:1-9

AL FILO DE UN MILAGRO

Primero, observe la descripción del lugar y de todo lo que lo rodea en esta escena. Estaba ubicado cerca de la entrada al templo de Jerusalén conocida como la Puerta de las Ovejas, es probable que el estanque de Betesda sirviera como un baño público donde los visitantes podían limpiarse y refrescarse antes de entrar a presentar su ofrenda delante de Dios y adorarlo. Los arqueólogos han confirmado que cinco pórticos cubiertos rodeaban el estanque, similares a pequeños portales o pabellones abiertos por los costados. Al saber que muchos habían sido sanados de sus padecimientos al descender al estanque justo después de que las aguas habían sido agitadas por un ángel, una pequeña multitud frecuentaba el sitio.

Mientras se imagina esta escena en su mente, ¿puede ver la multitud de personas con discapacidades? Tanto sufrimiento y dolor; tantos miembros rotos y cuerpos desfigurados; tantas quejas de malestares y gritos de auxilio. Ovejas y cabras balan a la distancia donde pueden ser adquiridos para el sacrificio mientras el olor de los cuerpos humanos, la putrefacción y la enfermedad se mezcla con el aroma de eucalipto, menta y lavanda en la brisa cálida. Todos esperan, con el anhelo de ser los primeros

en descender al estanque una vez que vean que la superficie es agitada por parte del ángel invisible que honra al estanque con su presencia.

Ahora, el ojo de su mente comienza a cerrar el enfoque como una cámara para concentrarse en un individuo solitario. Entre los muchos reunidos allí —los que no podían ver, los que no podían caminar, los que no se podían mover para nada— este hombre es un visitante asiduo. La Escritura dice que no había podido caminar durante treinta y ocho años, lo cual es más de lo que abarca una generación. Aunque no sabemos si había acudido al estanque durante todo ese tiempo, podemos imaginarnos con toda seguridad que así era.

De seguro había sido como una tortura para él; estar acostado allí, tan cerca de una oportunidad de sanidad, pero irónicamente incapaz de asirse de ella por lo mismo que lo aquejaba. La afección física por la que deseaba ser sano evitaba que obtuviera el bienestar que se encontraba justo frente a sus ojos. Tan cerca, al filo de un milagro, y al mismo tiempo tan lejos; tenía poca esperanza.

Luego, en medio de esta escena llega Jesús, quien había viajado a Jerusalén y había llegado al templo para celebrar uno de los días de fiesta judía. Al ver al paralítico, Jesús se entera de que tenía mucho tiempo en esta condición. Y entonces llegamos a uno de mis detalles preferidos de esta escena, la primera línea de diálogo en la forma de la pregunta de Jesús:

—¿Quieres ser sano?

¡De todas las cosas que nuestro Señor podría haber dicho es probable que el paralítico no esperara eso! Piénselo; ¿por qué otra razón este hombre se encontraría tendido en el suelo entre muchas otras personas heridas, lesionadas y en sufrimiento? ¿Qué no todos estaban reunidos allí porque querían mejorar? Solo alguien ya sea muy poco observador o poco inteligente podría sentirse tentado a hacer una pregunta tan obvia.

¿Por qué el omnisciente y todopoderoso Jesús le haría a este pobre hombre tal pregunta? ¿Parecería cruel o por completo carente de tacto si usted o yo le hiciéramos a alguien en muletas la misma pregunta en un consultorio médico! ¿Qué tramaba Jesús? ¿Cuál fue su motivación para acercarse de esta manera al hombre y su aflicción? ¿Pudiera ser que Jesús considerara la actitud del paralítico más importante para su sanidad que el hecho de si podía o no llegar al estanque?

Este hombre no había podido caminar por casi cuatro décadas. Pero con base en la pregunta que le hizo el Maestro, debemos preguntarnos si el problema *obvio* no era necesariamente el problema *real* que estaba obstaculizando la recuperación y la sanidad de este hombre. Le respondió a Jesús no con la descripción de su condición o su causa, sino más bien le indicó las razones por las cuales había sido incapaz de experimentar sanidad.

—Mire —le dijo el hombre—, no tengo quien me ayude a descender al agua antes de que otro se me adelante. Soy demasiado lento, y no puedo ganarle a todos los demás en necesidad que se encuentran aquí.

Acabo de parafrasear y hacer más elaborada la respuesta de este hombre, la cual se encuentra en el versículo 7, pero no creo que haya exagerado el punto.

¡La respuesta del hombre resulta ser tan fascinante como la pregunta de Jesús! Paralizado y solo, este hombre pensaba que, sobre todo, necesitaba que alguien lo ayudara a descender al estanque antes de que dejaran de agitarse las aguas movidas por el ángel y perdieran su poder sanador. Es bastante curioso que no le pidiera su ayuda a Jesús para bajar al estanque. En cambio, solo describió su situación, y enfatizó su inhabilidad para ser sano. Como él lo veía, nunca lograría la sanidad por sí mismo aunque había podido llegar a la orilla del estanque. Como no tenía quién lo ayudara, estaba paralizado en un doloroso purgatorio

emocional: podía ver los medios de su restauración, pero no los podía alcanzar.

Parecería como si este hombre se hubiera resignado a una vida en la que podía vislumbrar lo que más deseaba, pero sin obtenerlo. Se había resignado a no obtener el milagro que vio experimentar a otros. Incluso si hubiera alguien que lo ayudara, se había convencido de que nunca tendría la suficiente velocidad o movilidad para bajar al estanque a tiempo. Nunca se atrevería a considerar la posibilidad de que un extraño se presentara un día y le ordenara que se levantara y anduviera.

Estaba simplemente atorado sin esperanza de desatorarse.

Creía en las etiquetas que otros le habían puesto, y no podía imaginarse cómo sería cuando ya no fuera discapacitado.

FUERA DE ALCANCE

El predicamento de este parálítico me recuerda una historia que escuché contar en fechas recientes a un amigo. Compartió cómo había estado de vacaciones en Florida para visitar a su padre anciano. Por petición de su padre habían ido a las carreras de galgos, donde la gente apostaba qué perro ganaría en contra de otros competidores caninos (un deporte que los votantes de Florida decidieron eliminar de manera gradual para finales de 2020). Estos grandes animales esbeltos tienen cuerpos de misil y son cazadores naturales que pueden alcanzar velocidades asombrosas de veinte, treinta o incluso cuarenta millas por hora (o bien 32, 50 o 64 kilómetros por hora).

Mi amigo no apuesta y no le agrada en realidad ver que los animales hayan sido puestos en ese tipo de situación competitiva de alto riesgo. No obstante, admiró su gallarda belleza mientras pasaban a toda velocidad alrededor de la pista de tierra en persecución de un conejo mecánico que siempre permaneció delante

de ellos. Sin embargo, ese día algo extraño sucedió. Los perros estaban alineados y en sus marcas para correr contenidos en sus carriles por puertas metálicas hasta que sonara la campana y el conejo mecánico pasara a su lado a toda velocidad.

Solo que esta vez algo salió mal. El conejo pasó zumbando, y los perros salieron corriendo en sus carriles, pero luego a unas cien yardas o noventa metros el conejo mecánico se descompuso y se detuvo de pronto. Todos los espectadores se quedaron boquiabiertos y la mayoría, incluyendo a mi amigo, probablemente esperaba que los perros se lanzaran sobre el conejo falso y lo hicieran pedazos. Pero eso no sucedió. ¡En lugar de ello, los pobres canes se quedaron confundidos por completo y no sabían qué hacer!

Mi amigo lo describió como lo más extraño que ha visto. Los ocho perros en la carrera se detuvieron. Un par de ellos olfatearon el conejo descompuesto y luego comenzaron a explorar la cerca. Algunos encontraron un lugar con sombra debajo de un cartel en la orilla de la pista donde echarse. Otro comenzó a aullar, a todas luces confundido por lo que acababa de suceder. Uno incluso se encargó de algunos asuntos personales justo en medio de la pista para diversión de todos. Pero hubo algo que se volvió bastante claro: sin un conejo que perseguir, los galgos perdieron su motivación para correr. Después de incontables cursos de entrenamiento y carreras de práctica en persecución del elusivo blanco, ¡cuando los perros se enfrentaron con el objeto de su persecución no supieron qué hacer con él!

Sospecho que con frecuencia actuamos de la misma manera. Condicionamos nuestra vida a algo fuera de nuestro alcance. Si solo pudiéramos terminar nuestros estudios universitarios, entonces podríamos avanzar y obtener un gran trabajo para hacer lo que nos encanta. Si solo fuéramos notados por nuestro duro trabajo, obtendríamos ese ascenso. Si solo nuestro cónyuge

cambiara sus malos hábitos, nuestro matrimonio funcionaría. Si solo nuestros hijos pudieran vencer sus adicciones, podríamos finalmente dejar de preocuparnos y volver a disfrutar la vida. Si solo pudiéramos encontrar la iglesia correcta, entonces creceríamos en nuestra fe.

Si solo... si solo... si solo...

Pero ¿qué sucede cuando obtenemos nuestro “si solo”? ¡Nos sentimos perdidos! Encontramos algo más para hacerlo el punto focal de nuestro contentamiento, avance o crecimiento espiritual. Como los galgos, corremos en pos de nuestro conejo, pero luego tropezamos al atraparlo. Como el hombre del estanque de Betesda, esperamos que alguien más nos ayude a obtener lo que queremos. Nos volvemos dependientes de otras personas, sucesos incontrolables y diferentes circunstancias porque nos sentimos impotentes. Vemos a otros obtener lo que queremos tener, ir donde queremos ir, experimentar lo que anhelamos hacer, pero nos sentimos solos, y no tenemos lo que necesitamos para obtener lo que anhelamos.

Permanecemos paralizados y observamos mientras los demás experimentan el gozo que viene de obtener lo que desesperadamente deseábamos tener.

Escogemos permanecer paralizados.

CORRER PARA GANAR

¿Se puede identificar con el tipo de situación en la que depende de alguien más o de algo más para que su vida cambie? ¿Cuántas veces ha logrado una meta o cumplido un sueño solo para experimentar una decepción increíble?

He corrido toda mi vida y siempre me ha gustado competir en carreras de 5 y 10 kilómetros. El ejercicio me mantiene en forma

y me permite disfrutar un poco de tiempo privado con Dios para orar, escuchar y reflexionar.

Hace unos años, gracias al ánimo de mis compañeros de carrera, consentí en inscribirme a un maratón que se celebraría unos seis meses después. Para la mayoría de los corredores, incluyéndome, terminar un maratón —o muchos de ellos— es la meta de toda una vida, una manera medible de saber que uno ha mejorado para competir en el nivel más alto.

Entrené y de manera gradual comencé a correr distancias cada vez mayores en preparación para la ruta de 26.2 millas o 42 kilómetros que se cernía sobre mí. Siempre me había gustado más la velocidad, así que no disfrutaba haber pasado de una carrera corta de ritmo más rápido a una prueba de resistencia a un paso más lento. Pero el desafío me energizó y pronto me sentí cada vez más confiado de que podría terminar el maratón.

Mientras me impulsaba por los últimos trechos, que para mí parecían ser los más agotadores, a menudo me imaginaba a mí mismo que cruzaba la línea de meta de manera triunfal. Mi esposa y mis hijos estarían ahí ovacionando y felicitándome, y celebrando mi logro. Podía visualizar la escena con claridad, lo cual me motivaba para completar los entrenamientos necesarios en espera del día de la carrera.

Pero el día de la carrera, cuando crucé la meta, mi alegría no duró mucho. Sí, Eva y mis hijos estaban allí, emocionados por verme en mi momento de gloria y orgullosos del esfuerzo que hice para cruzar esa meta. Pero después de rehidratarme con una gran cantidad de bebidas deportivas y disfrutar un inmenso plato de pasta, me sentí decepcionado. ¿Qué iba ahora a buscar lograr? Al igual que esos galgos sin un conejo que perseguir, necesitaba una nueva meta. Pero incluso mientras planeaba mi siguiente carrera —¿un triatlón quizá?— sabía que el resultado siempre sería el mismo.

De chico, con frecuencia escuché a mi madre decir: “Ten cuidado con lo que pides, ¡porque podrías obtenerlo!”. Yo no entendía lo que me quería decir en ese tiempo, pero más tarde caí en cuenta de su significado. Si no vamos en pos de Dios, siempre quedaremos decepcionados. Aunque lo buscaba por completo a Él; experimenté la decepción que viene de obtener algo que yo había permitido que me definiera.

Tenía que preguntarme qué era lo que esperaba y por qué, si no, no importaría cuantas carreras terminara, podría ganar incluso el Maratón de Boston, pero no sería suficiente.

Ya sea que nos encontremos paralizados y tendidos en el piso o corriendo un maratón, solo podemos romper nuestra dependencia para definirnos por medio de nuestras circunstancias, si meditamos en la pregunta de Jesús.

Le pregunto, estimado lector, ¿quiere ser sano?

VENCEDORES, NO VÍCTIMAS

Pablo resumió mi experiencia con el maratón bastante bien al utilizar la manera en que corremos como una metáfora para nuestra relación con Dios y nuestra búsqueda de Él: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible” (1 Corintios 9:24-25). Él supo de primera mano que no importaba lo significativo de nuestro logro o lo devastador de nuestra derrota, ganamos nuestra carrera de fe por medio de enfocarnos en Cristo.

Temo que con demasiada frecuencia permanecemos dependientes del “si solo” y del “y si” en nuestra vida. Inventamos razones por las que no podemos experimentar la vida plena y

abundante que Jesús nos dijo que vino a traer. Esperamos que alguien más nos ayude mientras sentimos compasión de nosotros mismos porque no podemos llegar a la fuente de la sanidad por nuestra propia cuenta. En un extremo, hacemos excusas para salirnos de las carreras de la vida, mientras que en el otro vamos en pos de nuestras medallas de oro y luego nos preguntamos por qué no nos satisfacen.

Encontramos la solución, por supuesto, al romper el ciclo de dependencia en nuestra vida y responsabilizarnos por hacer lo que Dios nos pide que hagamos. No estoy seguro de que Jesús pudiera ser más claro en su orden al paralítico; ¡y a nosotros hoy! “Levántate, toma tu lecho, y anda”, dijo nuestro Salvador (Juan 5:8).

Mientras que este hombre con visión de túnel se enfocó solo en su discapacidad física y falta de habilidad para recibir sanidad, Jesús, por supuesto, vio una necesidad mucho mayor. Nuestro Señor sabía que este pobre hombre no podría ser sanado en realidad hasta que dejara ir la preocupación que lo había definido los treinta y ocho años anteriores. Jesús entendió cómo esta condición dolorosa se había vuelto el centro de la identidad del hombre. El hecho de que no sepamos su nombre —que sea identificado al inicio solo como un paralítico— nos dice mucho.

¿Qué déficit ha permitido que lo defina? ¿Qué cojera, lesión o enfermedad lleva en su alma aunque su cuerpo se haya recuperado de sus heridas? ¿Cómo responde a la pregunta que le hace Jesús: “Quieres ser sano”?

Antes de que responda con una afirmación automática, lo desafío a que se detenga y piense en lo que sabe que es verdad con base en cómo ha vivido su vida hasta ahora. Cristo le ofrece la misma sanidad que le obsequió a ese hombre ese día en el estanque de Betesda. Pero ¿hará usted lo que sea necesario para

recibirla? ¿Decidirá tomar su lecho y andar? ¿O seguirá a la espera de que alguien más lo cargue a su milagro?

Si deseamos la salud de una manera genuina —y me refiero a la salud y a la restauración en todas las áreas de nuestra vida: física, mental, emocional y espiritual—, debemos estar dispuestos a dejar ir las etiquetas que hemos permitido que nos definan. Debemos avanzar más allá de las barreras que permitimos que nos limiten del día a día. Debemos escoger dejar de vernos a nosotros mismos como víctimas de nuestras circunstancias y en lugar de ello ver nuestras circunstancias como sujetas a la autoridad y poder sanador de Jesucristo. ¡Somos vencedores, no víctimas!

También necesitamos dejar ir los calificativos que podríamos ser tentados a añadirle al mandato de Jesús y levantarnos y andar. Desde mi propia experiencia y de lo que he observado en la vida de los demás, con frecuencia hacemos excusas incluso después de haber aceptado a Cristo y tener al Espíritu Santo dentro nuestro. ¡Tenemos el regalo, pero no lo queremos abrir! ¡Tenemos el poder, pero no le queremos dar la bienvenida! Tenemos nuestro milagro, pero no sabemos como avanzar después de haber sido paralizados por la dependencia durante tanto tiempo.

Debemos escoger dejar de vernos a nosotros mismos como víctimas de nuestras circunstancias y en lugar de ello ver nuestras circunstancias como sujetas a la autoridad y poder sanador de Jesucristo.

Queremos sanidad, pero la queremos bajo nuestros propios términos: “Sí, Señor, quiero estar bien siempre y cuando no experimente demasiado dolor o tenga que pagar mucho. Quiero estar

bien, pero en realidad no quiero enfrentar la incertidumbre del cambio”, pero quizá no se nos ofrezcan la sanidad y los milagros en nuestros propios términos. Si así fuera, muchos de nosotros siempre estaríamos a la espera de que alguien nos cargara a nuestro milagro en lugar de aceptar el milagro que Jesús nos ofrece donde estamos.

Me encanta que el paralítico hizo con exactitud lo que el Señor le pidió y de inmediato y de manera instantánea experimentó una sanidad completa. Los músculos atrofiados hormiguearon con fuerza y los tendones torcidos se endezaron. ¡El hombre se puso de pie y cayó en cuenta de que no necesitaba que nadie lo llevara a ningún lado! Jesús le ofreció sanidad sin condiciones escondidas, sin imprevistos ni rituales. Este hombre podría haber respondido al mandato de Jesús de levantarse con sarcasmo, amargura, enojo o temor. Pero eso no sucedió.

En lugar de ello este hombre quería recuperarse sin importar lo que le pudiera costar. Instantáneamente dejó a un lado sus excusas, su pasado y su identidad vinculada a su condición, y se paró sobre sus propios pies. Levantó su lecho y tomó ese primer paso y luego otro y otro. Al hacerlo, rompió el ciclo de dependencia que lo había dejado yaciendo al borde de un milagro que nunca podía abrazar.

RESPONDA EN OBEDIENCIA

En esta asombrosa escena somos testigos de un paradigma que cambia de la dependencia y la parálisis a la independencia y la movilidad. El paralítico aceptó que era probable que nunca fuese sanado; después de todo, ni siquiera le pidió a Jesús que lo ayudara, lo levantara y lo llevara al estanque. Este hombre supuso que nunca podría hacer lo necesario, que jamás obtendría lo que al parecer tanto había anhelado. Año tras año, este hombre se

hundía más en un cieno de emociones: temor, autolástima, desesperanza y desaliento.

Dependía de otros para su avance.

Dependía de otros para su sanidad.

Dependía de otros para su milagro.

¡Pero entonces encontró a Jesús!

Cuando usted depende más de los demás que de Dios, nunca verá la plenitud del propósito de Dios para usted. Cuando usted depende más de los demás que de Dios, lo definirá una parálisis perpetua. Cuando depende de sus debilidades para definirlo o de sus éxitos para satisfacerlo, se paraliza en el borde del milagro que Dios tiene para usted.

Durante demasiado tiempo hemos dependido de los demás para ser felices.

Hemos dependido de los demás para que nos completen.

Hemos dependido de los demás para nuestros avances.

Hemos dependido del gobierno, de los medios de comunicación y de la cultura popular para enseñarles a nuestros hijos lo que está bien y lo que está mal.

Hemos dependido de las redes sociales para ayudarnos a definirnos en la manera que queremos que otros nos vean.

Hemos dependido de conformarnos con menos que lo mejor de Dios en lugar de confiar en Él para el milagro necesario para experimentar sanidad.

¡Ha llegado el tiempo para un cambio! Ha llegado el tiempo de escuchar la voz de Jesús que nos pregunta: “¿Quieres ser sano?”. Y ha llegado el momento de responderle con su obediencia.

Su destino no descansa en las manos de alguien más.

Su futuro no descansa en las manos de alguien más.

Su familia no descansa en las manos de alguien más.

Su destino, su futuro y su familia descansan en las manos de Aquél que lo ama, salva, redime y sana. Jesús dijo: “Nadie

Capítulo uno

podrá arrebátarmelas de la mano” (Juan 10:28). Estimado lector, ha llegado el momento de dejar a un lado sus excusas, moverse más allá de vivir de manera condicional y romper su ciclo de dependencia.

¡Ha llegado el tiempo de levantarse!

¡Ha llegado el tiempo de caminar en fe!

¿Ha estado en espera toda su vida por su turno para ser sano?

¡Usted es el próximo!